ALBERTO ORTIZ

EL HOMBRE DEL VIERNES

SELECCIONES LITERARIAS
GRANDES AUTORES
1986

PRIMERA EDICION

Julio de 1986 - 1,000 ejemplares

SELECCIONES LITERARIAS

GRANDES AUTORES

EL HOMBRE DEL VIERNES

EL PRINCIPIO

El hombre se deslizó como felino, sobre el asfalto de la avenida. Abandonó un viejo y polvoriento coche en el filo de la banqueta. Lucía grotesco, con su perfil de ave de rapiña, enfundado en su negro uniforme de enterrador. De porte alto y desgarbado, su traje le escurría a lo largo del esqueleto como lágrima de vela.

Caminaba hacia un lugar determinado y en actitud de desconfianza; giraba su cabeza como aguja de veleta en su cuadrante. La multitud inmersa en el drama cotidiano de los problemas económicos, cruzaba a su lado indiferente.

La tarde moribunda mostraba un sol descolorido; sus últimos rayos quebrados por las primeras sombras de la noche, mordían las calles y callejuelas de Brooklyn.

La estrafalaria figura se dirigía a los muelles del East River; se movió por los callejones, jalonados de tambores de basura, como beduino en el desierto.

De repente, la amenazante silueta de tres hombres, le cerró el paso:

-¡Detente camello! Queremos hablar contigo- Dijo una voz autoritaria.

El aludido no hizo caso de la advertencia y trató de dar un salto de leopardo. No logró su objetivo, fue pescado en el aire y se desplomó como torre fabricada en la arena.

Los tres hombres lo sujetaron y lo golpearon en forma despiadada. Sus alaridos y gritos de socorro invadieron la soledad del callejón. Corrieron en auxilio del nazareno varios curiosos, pero la actitud agresiva de los pandilleros los alejó.

Los tres fascinerosos le quitaron una faja, a la que el hebreo se aferraba como a una tabla de salvación en el océano. Todo inútil, perdió la faja y por poco pierde también la vida. Fue abandonado como costal de cáscaras de nuez trituradas; la paliza fue tan terrible, que por todos lados le corría la sangre. Los verdugos desaparecieron en la obscuridad del callejón, y los testigos del asalto se esfumaron de la misma forma en que habían llegado, taconeando como telégrafo Morse por las abandonadas avenidas.

La policía llegó, y ululando su sirena se anunció la ambulancia. Los de azul lo registraron y le encontraron documentos a nombre de Salomón Rankyn.

Los hombres uniformados de blanco brillante lo subieron a la ambulancia y lo llevaron al hospital.

El doctor Ross, médico de guardia, detuvo a unos agentes diciéndoles:

-¡No es posible que lo interroguen! Ha perdido el conocimiento, varios dientes y mucha sangre-

Tampoco tuvo suerte al buscar testigos la policía, por lo cual ese día no persiguió a los que lo habían convertido en nazareno.

El sol se coló por la ventana del cuarto de curaciones del hospital central; sus rayos se estrellaron en el niquelado de los instrumentos de cirugía,

y estallaron en luces de mil colores que hicieron más brillante la mañana.

El azul helado de los ojos del herido, se dirigió a la enfermera, que cuidadosamente le aplicaba desinfectantes en las heridas. Un poco de yodo provocó un alarido de dolor.

-¿Duele?- Insinuó la dama vestida de blanco.

-¡Mucho!- Contestó con voz quejumbrosa el camello.

Llegó el doctor y revisó el trabajo de su auxiliar, que mereció su aprobación porque exclamó:

-¡Perfecto!-

El médico exploró el golpeado cuerpo, lo encontró bien y agregó:

-En uno o dos días podrá usted marcharse-

Salomón vociferó... -¡No doctor! ¡Quisiera marcharme hoy mismo y lo que deba estoy dispuesto a pagarlo!-

El facultativo dió su aprobación murmurando:

-Este hospital es del Estado y las curaciones de emergencia no se cobran. Si quiere irse, yo no puedo detenerlo- Y dando por terminada su visita, se dispuso a abandonar el local.

Dos hombres que se hallaban allí y que permanecían callados, se dirigieron al médico preguntando:

-¿Podemos interrogarlo?-

-¡Claro!- Contestó el galeno galopando ya fuera de la habitación.

Los hombres, aquellos que no habían abandonado su actitud de mastines, se acercaron al lecho y mostraron sus placas de policías. Con voz seca y gesto agrio soltó uno de ellos estas palabras:

-Teniente Kelly, de la brigada de narcóticos. ¿A ver Salomón, cuéntame qué ha sucedido esta vez?-

Rankin, conteniendo sus palabras, balbuceó:

-Nada teniente, fuí asaltado por unos vagos y perdí unos dólares-

-¿Te acuerdas?- le recordó el oficial. -Hace meses fuiste golpeado en la misma forma y moribundo, te recogimos en la calle. ¿Qué sucede? ¿No te has puesto de acuerdo con los sicilianos?. Creo que lo que te dan son advertencias y que la próxima será definitiva-

-Está en un error, teniente- Exclamó firme el herido. -Yo no tengo nada que ver con los sicilianos; fueron unos bandoleros los que me golpearon por dinero-

Los ojos de Salomón se movieron de uno a otro policía. Quería conocer la reacción que sus palabras causaban en los dos hombres. Estos permanecieron impasibles y el teniente concluyó:

-¡O.K.! No tenemos nada en contra tuya, puedes marcharte cuando quieras. Pero un día, aunque no lo creas, tu nombre va a estar en una esquela; y tu pellejo, abandonado en algún callejón, será devora-

do por las ratas-

Dichas estas palabras, el teniente y el agente que lo acompañaba, abandonaron el salón.

El camello volteó la cara contra la pared y cerró los ojos. Sintió otra vez al moverse, los dolores de la golpiza recibida y se quejó levemente.

Esa tarde, cojeando, abandonó el hospital. Recorrió algunas cuadras y se detuvo frente a una escalera que lo condujo a una estación del Metro. Esperó un tren y empujando a la gente que lo abandonaba, se introdujo en uno de los vagones. Viajó en diferentes direcciones; hasta estar seguro de que había soledad en su camino, abandonó el subterráneo, salió a la calle y se introdujo en un antiguo edificio. Trepó por las gastadas escaleras y por el hueco de una ventana, deslizó su mano capturando una llave y con ella abrió la puerta de su departamento. Al día siguiente una y otra vez se miraba al espejo, con la esperanza de que desaparecieran los verdugones que recorrían su cara. Pero volvía a la cama decepcionado, viendo que no cedían las huellas que había recibido en el combate.

Los días pasaron; se sintió mejor y una noche abandonó su domicilio. Abordó el subterráneo rumbo al sitio donde había dejado su destartalado coche. Recorrío otra vez los callejones que iban a morir en los muelles de Brooklyn. A lo lejos, iluminado por la amarillenta luz de los faroles, distinguió la silueta de su viejo automóvil que continuaba estacionado donde lo dejara días atrás. Se acercó con precaución y no viendo nada anormal, abordó el vehículo. Un poco después rodaba por las calles, en dirección a Manhattan.

Dejó atrás la zona de los rascacielos y se dirigió al Bronx de donde había salido horas antes. Por el camino se detuvo en el "Babys Bar". Abandonó su coche en el estacionamiento y entró en la cantina. Una de las meseras lo saludó:

-¡Hola, Sally!- Salomón dirigió sus pasos hacia ella y en voz baja pronunció un nombre. La mesera sin hablar, señaló con la mano a un hombre en la penumbra. Cruzó él, la longitud del local y en el reservado se sentó frente al que andaba buscando. Este lo saludó, clavada la vista en su tarro de cerveza.

-¡Hola, camello! Tómate una cerveza- Sugirió.

-¡O.K. Johnny, tengo sed!- Aceptó simplemente el traficante.

Una mesera les acercó un tarro con el fermentado líquido, y los labios del hebreo disfrutaron golosos de la milenaria invención de los egipcios. Johnny Silver continuó mirando el tarro de porcelana vitrificado, rompió el silencio anunciando:

-Nos tenías preocupados, nos debes diez de los grandes. He venido a buscarte y me ha sido imposible localizarte. ¡Has quedado mal, yo te entregué la mercancía! ¿Qué sucedió con ella? ¿La vendiste o la tienes contigo?-

La semioscuridad que reinaba en la sala, no le permitía a Johnny ver la cara llena de cardenales de su amigo.

-Hasta cierto punto te tengo malas noticias- Afirmó Salomón con voz de moribundo.

Johnny rechinó los dientes cuando le preguntó:

-¿No tienes el dinero? ¿No tienes la mercancía?, ¡Dime hasta que punto son malas las noticias! ¡Dímelo!- insistió con voz airada.

Rankyn tragó saliva antes de contestar:

-¡Fuí asaltado! Me pescaron con un poco de mercancía y de dinero. Fueron tres los rufianes que me atacaron, creo que...- no pudo continuar porque Johnny lo interrumpió en forma enérgica.

-¡Te dije que no fueras a Brooklyn! Los sicilianos controlan ese territorio. La próxima vez no te darán una paliza sino un balazo en la nuca, y como no quiero perder mi plata, dime: ¿Cómo vas a pagar lo que me debes?-

Conciliador, Salomón contestó:

-¡Cálmate! Sólo pido setenta y dos horas para liquidar mi adeudo-

Johnny meditó unos segundos y preguntó:

-Si te concedo el plazo que pides, ¿me podrás explicar cómo vas a conseguir el dinero?-

-¡Por lo pronto te daré mil dólares que traigo en la bolsa!-

-¡Todo el dinero junto!- martilleó Johnny con los labios fruncidos por la ira.

-¡Cálmate!- rogó Salomón -Y deja que te explique cómo conseguiré el resto del dinero-

Johnny enmudeció y el camello principió a relatar su programa.

-Mis contactos importantes no los he tocado. Tú sabes que éstos se encuentran en Harlem. Los visitaré, crearé un poco de pánico y doblaré las ventas. Y así liquidaré lo que te adeudo-

-¿Así de fácil?- preguntó Johnny incrédulo.

-¡Lo puedo jurar sobre el Talmud!- aseguró el camello.

A estas alturas Salomón se había animado y pidió

otra cerveza. Entre sorbo y sorbo repetía constantemente:

-¡Qué paliza me han dado Johnny! ¡Qué paliza!. Trataré de averiguar quién fue... por las barbas del profeta. ¡Te juro que me vengaré! ¡Me vengaré!-

-¡Olvídate!- aconsejó Johnny.

-La otra vez te apalearon y no pudiste averiguar nada. ¿Porqué tiene que ser diferente esta vez?. Es mejor que respetes el territorio de Brooklyn y te dediques al de Harlem, y vivirás en paz. Las bandas de New York son poderosas y te harán talco si pretendes atacar a alguno de sus miembros-

La noche había avanzado, los tarros de cerveza se encontraban vacíos. Salomón dió un toque de retirada al comentar:

-Mañana tengo que trabajar muy duro, me marcho-

Johnny dirigió una profunda mirada al hebreo y concluyó con una dura amenaza:

-Espero liquídes tu adeudo dentro del término acordado. Si fallas, comienza a repartir tus esquelas, a mi jefe no le gustan ni bromas ni adeudos-

-No te preocupes, tendrás la plata- lo prometió de tal forma que resultó convincente.

Los dos hombres abandonaron el local. Al abordar sus carros, Johnny hizo presente su última amenaza:

-No trates de jugar sucio, podrías aparecer en el río con un bloque de cemento fraguado entre tus piernas-

Salomón juró que no se atrevería a faltar a su palabra. Se despidieron. Poco después ronroneaban sus automóviles, las luces de sus faros se incrustaron en la obscuridad de la noche, recortándola en forma de cono gigantesco. Los carros tomaron caminos diversos y los conductores se alejaron silvando alegremen-

te.

El carro de Silver cruzó veloz por la avenida, su mente se clavó en futuros problemas y trató de lograr lo imposible analizando el porvenir. Recordó a Salomón y una sonrisa cáustica vagó por sus labios.

El era uno de los rufianes que soñaba con desbancar, algún día, a los sicilianos del imperio del bajo mundo. Tenía la paciencia de las arañas; tejía su red con la esperanza de que alguien cayera en ella. Podría jurarse que cualquier descuido de amigos o adversarios, sería capitalizado a su favor. Sembraba su semilla esperando que fructificara. Todo es cuestión de tiempo, aseguraba; y recomendaba calma, mucha calma. Su aspecto distinguido hacía que nadie le desconfiara. Su tipo era caucásico, pero al contrario de Salomón, que tenía los ojos irisados de una frialdad polar, los de Johnny eran vivarachos, alegres y curiosos. Aunque podían trocarse como los ojos de los reptiles: en hipnotizantes y amenazadores, ante la menor señal de peligro.

Sin sombra de escrúpulos, Johnny era peligroso. No tenía amigos y con un crimen a sus espaldas, era evidente que no tendría dificultad en cometer cualquier fechoría aunque se derramara sangre humana.

El área donde distribuía heroína, le había sido otorgada como premio por haber eliminado a traición, a un paisano suyo. Los pillos a los que servía, consideraron el crimen como "limpio" y felicitaron al asesino por su hazaña.

CAPITULO I

EL MERCENARIO

Tiempo hacía que Benjamín Wasserman amenazaba a la organización de Fabrissio, que controlaba toda clase de trampas para idiotas.

Alessy, uno de los agentes de Fabrissio, había estado en contacto desde tiempo atrás con Johnny Silver, quien ambicionaba girar con los engranes de la banda. Alessy sabía que Johnny era un hombre resuelto; que había alcanzado gran reputación repartiendo heroína en el gheto negro de Harlem. Es decir, había invadido territorios vedados para los pusilánimes.

Los pequeños distribuidores aceptaron sus férreas condiciones, y él floreció como la hiedra, nutriéndose de la sangre de los viciosos.

Esa mañana Alessy se presentó en las oficinas de su jefe Fabrissio. Este, apoltronado en su sillón, con voz iracunda lo interrogó:

—¿Qué sucede? ¡Contra todas mis recomendaciones te has atrevido a venir a mi oficina!—

—¡Los problemas nacen como la mala yerba, jefe!— comentó el romano. —Y no sólo los tenemos con las grandes organizaciones de la ciudad, sino que ahora también nos hemos atorado en el alambre de púas de Benjamín Wasserman. Mafaffa me acaba de hablar, para indicarme que liquidaron a dos de nuestros mejores detallistas y el resto de ellos, por miedo, se pasaron a las filas de Wasserman—

El reto era grave, porque de no detener a Benja-

mín, éste terminaría por apoderarse de la zona de influencia de los italianos.

Alessy continuó lamentándose de que su red de distribuidores ya no compraba como normalmente lo hacía, alegando estar bajos de efectivo. Aunque sabía que la verdadera razón era el miedo. Se encontraban bajo las constantes amenazas de Benjamín, que ofrecía la paz para el que quebrara piedras con su marro, y el cadalso para el que se resistiera.

Fabrissio furioso explotó, y maldijo por igual a judíos, moros y cristianos. Tomó un poco de agua, respiró profundo, y tras de meditarlo, de sus descoloridos labios brotó esta orden:

-¡Liquidemos a Benjamín, antes de que acabe con nosotros!-

-¡Lo ejecutaremos!- prometió Alessy, sin demostrar sorpresa ante la orden recibida y comentó:

-Aunque no será empresa fácil. Por lo general se encuentra rodeado de sus hombres y no da un paso en falso. Hace meses que lo vigilamos y es exacto como un reloj suizo-

Fabrissio miró con burla a su lugarteniente. Sus ojillos perdidos en la grasa de su cara, eran de mirar vigoroso y sagaz.

-¡Recuerda que el mundo está lleno de traidores y todo el problema consiste en encontrarlos!- dijo sonriendo.

-¡Creo tener la solución!- afirmó Alessy entusiasmado. -Hace tiempo que cuento con un nuevo distribuidor. Le he confiado varias partidas de "mercancía" y siempre a vuelto a liquidar su adeudo. Es un gran organizador, y ha logrado clientela en territorios prohibidos a nuestros hombres. He leído en sus ojos una tremenda ambición. Está dispuesto a recorrer

el camino más escabroso para llegar al triunfo y alcanzar nuestra protección. Pienso -concluyó Alessy- que en Johnny se encuentra la solución para el problema de Benjamín Wasserman y para echarlo a andar, lo único que necesitamos es hacerle una oferta razonable-

-¡Tienes razón!- comentó Fabrissio -¡Cualquiera es capaz de vender su alma al diablo, con tal de tener un trono de diamantes sobre la tierra!- y al hablar clavó sus ojillos vivaces en el rostro del romano.

-¡Las víboras siempre encuentran el camino para destruirse unas a otras! Si Johnny Silver liquida a Benjamín, puedes ofrecerle nuestro incondicional apoyo y las garantías suficientes sobre su territorio. Aclárale que siempre dependerá de nosotros para surtirse de mercancía... Si al escuchar tu proposición ves que vacila, o definitivamente no la acepta, más vale deshacerse de él. No nos sirve, lo primero que hará al dar la vuelta, será delatarte con la competencia y tendrás otro enemigo a tus espaldas-

El enorme edificio donde Fabrissio tenía instaladas sus oficinas, se encontraba en el centro de la isla de Manhattan. Con la solución del problema en el bolsillo, Alessy trotó rumbo a la calle.

Ese día, el lugarteniente quebrantó algunas de sus inviolables normas de conducta. Jamás se presentaba en la oficina de su jefe. Sus entrevistas se concertaban en sitios donde no hubiera razón alguna para relacionarlos, y ahí trataban sus turbios negocios. Pero esta vez tuvo necesidad de romper la regla, ante la amenaza latente que representaba el judío Wasserman.

Tiempo después, Alessy se encontraba en sus

oficinas del Bronx.

Damatto, uno de sus hombres de confianza, fue llamado con urgencia. El gatillero se presentó. Su piel pálida se restiraba a lo largo de los huesos de su esqueleto. Los médicos no tenían necesidad de transparentarlo con placas de rayos "X".

-¡Es necesario que localices a Johnny Silver!- le ordenó Alessy. -Tengo un negocio que ofrecerle, y tú eres el único que sabe donde vive-

Damatto no se extrañó del encargo. No era la primera vez que esto sucedía. Otras veces, cuando había en bodega cantidades fuertes de alcaloides, Johnny era llamado para absorber parte de la mercancía. Sólido en el pago y hábil distribuidor, era una pieza importante en la organización de aquellos bandoleros. De labios de Damatto escapó un O.K. largo y cansado como su figura.

Se alejó despotricando mentalmente contra Johnny. El siciliano se dirigió a un teléfono público. Las monedas gotearon en la caja y lo conectaron con el número deseado. La voz de una mujer joven contestó al impulso eléctrico. Damatto esbozó una sonrisa hipócrita y sus labios susurraron:

-¡Mi amor! ¡Mi amor! No me esperes, tal vez no pueda llevarte al cine. Tengo órdenes de localizar a un amigo de Alessy y su teléfono no funciona. Tan pronto lo encuentre, te volveré a llamar para decirte a que sitio iremos esta noche-

Al parecer, aquel contratiempo molestó a la mujer, que frenética dió iracundos alaridos. Damatto abandonó el tubo sonoro, que pareció una olla de

grillos blasfemando.

Johnny Silver no era un mimado de la fortuna. Vivía en un arcaico edificio de East Harlem. El siciliano detuvo su coche cerca de su domicilio, como otras veces había hecho el mismo recorrido, conocía bastante bien aquellos sitios.

Al salir de su automóvil, su cara se frunció en un gesto de asco. Le molestaba la basura almacenada y los botes rodando por el centro del arroyo. Dió un salto para abrir paso a un gato que andaba de zafari tras descomunal rata, y se dirigió a un portón mal iluminado. La pequeña esfera de vidrio esmerilado que colgaba de lo alto apenas lograba iluminarse: parecía la mortecina luz de un cerillo. Cruzó el portón y trepó por una desvencijada y torcida escalera. Se detuvo ante una puerta y llamó repetidamente. Cada uno de sus golpes los acompañó con gritos sonoros:

-¡Johnny! ¡Johnny!-

Esperó unos segundos y repitió la escena. Al no tener resultados positivos, decidió dejar bajo la puerta una tarjeta con un lacónico mensaje: "Urge te comuniques con Alessy", firmado: Damatto. Volvió a la calle saltando sobre los viejos peldaños.

No faltaron vecinos preocupados que se asomaron a la puerta de sus moradas para ver quién ponía en peligro la vieja escalera, único medio que había para abandonar el edificio.

Ya en la calle, corrió a un teléfono; llamó a Alessy y le anunció:

-¡Jefe, Johnny no está en su casa! ¿Qué hago?-

-¡Espéralo hasta que regrese!- Fue la tajante órden que recibió.

El O.K. de Damatto se perdió en el vacío. Ya nose comunicó con su amante; comprendió que tendría otra escena de celos y la alejó de su memoria.

Volvió a su auto; se acomodó en espera de que Johnny regresara temprano a su morada. La noche no avanzó tan rápidamente como los deseos de dormir del siciliano. Constantemente se movilizaba y encontrando todo estático, regresaba a su coche y a su modorra.

Entrada la madrugada, un auto se detuvo violentamente; segundos después dió marcha atrás acelerando.

Johnny vió la silueta de un hombre recortada por el chorro de luz de sus fanales, y como no tenía la conciencia tranquila, quizo averiguar quién era el vigilante.

Damatto, con la sensación del peligro, empuñó su tenebrosa automática, brincó fuera de su auto y esperó escondido los acontecimientos. No tardó en descubrir que una sombra se escurría a lo largo de las paredes escudándose en lo negro de la noche y en los desniveles de las construcciones. Observó que el misterioso personaje revisaba su coche y brincó a la calle. Los hombres se sorprendieron al reconocerse.

-¡Johnny!-
-¡Damatto!-
El coche de Damatto recibió a los bandoleros. El siciliano abrió los labios y explicó:

-Alessy quiere hablarte para un nuevo negocio-
El pistolero indagó:
-¡Hablas como los arcángeles de la Biblia! ¿Anun-

cias buenas o malas nuevas?-

-¡Buenas, Johnny! Creo que la suerte ha llamado a tu puerta-

-¡Escúchame!- aconsejó el hebreo. -La noche toca a su fin y es mejor dejar los negocios para mañana-

Damatto insistió:

-Tú conoces a Alessy, está esperando que te reportes; así que me acompañas o lo llamas por teléfono-

Johnny se resistió argumentando:

-¡Ten calma! Soy vendedor independiente y no recibo órdenes de nadie-

-¡Así lo considero yo!- repuso Damatto y continuó: -Al menos hazme un pequeño favor: nada te cuesta llamarlo por teléfono-

-Lo haré por tí, pero la cita tendrá que posponerse para mañana-

Los dos hombres abandonaron el coche y marcharon hacia una cabina telefónica. Damatto hizo moverse el disco que tintineaba cada vez que giraba sobre su eje. Poco después la comunicación se estableció y una voz somnolienta balbuceó:

-¡Habla Alessy!-

-Acaba de llegar Johnny, y te va a hablar- aclaró Damatto.

Silver empuñó el aparato y saludó:

-¡Hola jefe!- y esperó a que la voz ronca del gatillero hiciera su ofrecimiento. El entusiasmo de Alessy no cambió el rostro de Silver. Este permaneció impasible esperando el trazo del negocio. Las palabras del romano no aclararon nada y volvieron enigmático el asunto, pues sólo ofreció:

-¡Te espero mañana, y prepárate porque la oferta que te haré, te acercará a los cuernos de la luna!-

-¡Será bienvenido tu ofrecimiento, siempre que

los cuernos no me saquen un ojo!-

La broma intencionada de Johnny provocó una risa tonta en el otro bandido.

Curioso, Johnny preguntó:

-¿No puedes adelantarme algo de tu fabulosa oferta?-

-¡Imposible, tengo órdenes de hacértela personalmente! Si la aceptas no te arrepentirás. ¡Duerme bien muchacho, para que mañana tengas la cabeza despejada y puedas razonar correctamente!-

-La curiosidad no me dejará dormir, pero ahí estaré a la hora indicada-

-¡Bien dicho Johnny! Más vale una esperanza sobre la tierra, que las lajas frías de una sepultura-

Johnny cedió el audífono a Damatto, que intercambio breves palabras con el romano y colgó el aparato en su horquilla.

Johnny no pudo dormir. Varias veces consultó la esfera luminosa de su reloj; presentía que algo importante iba a acontecer en su vida.

A través de las persianas de su cuarto vió las primeras luces de un nuevo día. En el horizonte el disco pálido del sol se mostraba cauteloso. Sus tímidos rayos principiaban a liquidar las últimas sombras de la noche.

Johnny sintió frío y cansancio, y lo que no alcanzó en toda una noche de insomnio, lo logró en aquel instante. Un sopor profundo y reparador lo invadió, y su tensión nerviosa cedió ante el misterio del sueño.

Alessy esperaba la llegada de Johnny. Sentado en su sillón de ejecutivo, se entretenía en mirar elevarse en espirales al humo de su cigarrillo, y

perderse en el enrarecido aire de la oficina.

Maffafa, otro de sus fieles cancerberos, sintiendo pesado el ambiente, se levantó del asiento y abrió las ventanas. Una ráfaga de aire helado invadió el local y circuló por todos sus rincones. Los pandilleros que allí se encontraban permanecieron mudos, respetando el silencio de su jefe. Apoltronados en sus butacones de descanso, con los cuerpos relajados como gelatina, se veían en la penumbra tan inútiles y estúpidos como la Organización de los Estados Americanos, o la Agrupación de las Naciones Unidas.

Damatto se presentó en escena. Caminaba al estilo de la pantera rosa.

-¡Llegas tarde!- murmuró Alessy, sin que el tono de su voz se encontrara en trazas de reproche.

-¡Estuve hasta la madrugada esperando a Johnny!- explicó el siciliano.

Mafaffa se levantó y abandonó la oficina, seguido del resto de sus gorilas. Sabían que Alessy daría órdenes confidenciales a su lugarteniente.

Alessy y Damatto recorrieron los problemas derivados de la agresiva posición de Benjamín. Con la boca seca por la ira, Damatto vociferó:

-¡Me he conectado con nuestros distribuidores y están terriblemente preocupados! Si no tomamos providencias contra Wasserman, pronto estaremos a mitad de la calle. ¡Los métodos que usa para convencer a nuestros detallistas son brutales! Al chino Ku Fuong, que controla a la mayoría de los asiáticos, le cercenó un dedo para que reflexionara dónde estaba la razón. El oriental no quizo pensar en qué más le podía cortar, y abrazó desde luego la causa del judío-

Alessy recomendó cautela y aconsejó:

-¡En esta vida todo tiene arreglo, menos la

muerte! Hay sucesos que se presentan como desastres irreparables; pero si esperas un poco, verás que el viento de la fortuna no siempre sopla en un sólo sentido. Tú creiste que era fácil acabar con Benjamín; le tendiste una trampa, pero la trampa te la había puesto él perdiéndo nosotros a los hermanos San Filippo. Con Benjamín hay que marchar con pies de plomo; así es que no creas en el horizonte que te presente. Los flancos que le conocemos son poderosos, pero en medio de ellos está su punto vulnerable, el problema es encontrarlo. Y mientras no lo hallemos, es preferible no movilizarse-

Alessy consultó la hora en su reloj y apuntó:

-¡Fabrissio llegará dentro de unos momentos! Quiere conocer a Silver. Ve al estacionamiento y lo traes directamente al anexo donde podrá ver y escuchar a Johnny a través del cristal polarizado y los micrófonos. Cuando lo hayas instalado, regresa aquí conmigo.

Damatto bajó a la entrada del edificio a esperar la llegada del jefe máximo. Se sintió tranquilo después de comprobar que nada anormal sucedía a sus alrededores.

Un coche negro, último modelo, dió vuelta en la esquina y aminoró la velocidad ante la rampa de entrada al sótano del edificio. Después de un brusco viraje y un leve rechinido de los neumáticos, el automóvil se detuvo y quedó estacionado.

Damatto corrió a abrir la puerta del vehículo; del cual descendió, con paso lento y aire cansado, uno de los más viejos lobos del crimen organizado.

Sus primeras palabras plantearon una pregunta:

-¿Ha llegado?-

-¡No jefe, pero es puntual! ¡No tarda!-

Los dos hombres caminaron hacia el elevador, lo abordaron, y minutos más tarde se encontraban

frente a la puerta del privado. Jefes y guardaespaldas invadieron la pequeña oficina.

Damatto corrió una cortina que ocultaba la pared, en la que se encontraba empotrado un cristal polarizado que permitía una vista panorámica de la oficina de Alessy. Por el sonido del micrófono, se escuchó a Alessy darle órdenes a su bella secretaria. Después de acomodar a Fabrissio y a sus hombres, Damatto se alejó. Segundos más tarde apareció al lado de Alessy anunciando la llegada del jefe.

Alessy comentó sus planes con el siciliano:

-¡Le daré impulso a Johnny siempre y cuando acepte nuestras condiciones! Los problemas se están presentando en cadena: muchos de nuestros pequeños distribuidores quieren abandonarnos. Consideran a Benjamín con ases. Y ya sabes que todo el mundo quiere alinearse al lado de los triunfadores... y eso es lo que parece que acompaña a Wasserman... ¡la suerte! Muchos de nuestros contactos permanecen escondidos, temerosos de las represalias de los hombres del judío. El único sitio que ha permanecido tranquilo es la zona de Harlem, gracias a la habilidad de Johnny. Pero... ¿por cuánto tiempo lograremos sostenernos allí?-

-¡Pareces plañidera!- lo criticó Damatto, y se calló dejando entre sus labios una sonrisa sarcástica.

-¡No soy plañidera!- refunfuñó Alessy y continuó:

-Me lamento porque después tendremos que buscar nuevos mercados, con los consiguientes problemas que acarrea el dominar otros territorios-

La conversación se interrumpió por el zumbido del interfón:

-Acaba de llegar el señor Silver- anunció la secretaria.

-¡Hágalo pasar!- ordenó lacónico Alessy, y con un leve ademán despidió a Damatto, quien al salir

se encontró con su singular amigo.

-¡Hola!- exclamó.

-¡Hola, Damatto!- contestó Johnny, y entró al privado con la mano extendida para estrechar la que le ofrecía el romano.

-¿Qué tomas?- preguntó el gatillero, tratándo de sembrar de rosas el camino.

-¡Whisky con soda!- y aclaró -¡Siento la mañana calurosa!-

Alessy presionó la tecla de su interfón y ordenó:

-¡Dos whiskys con mucho hielo!- meditó un momento y después rectificó su orden:

-¡Mejor tráigame una botella con mucho hielo y trate de que nadie nos moleste!-

Minutos más tarde la secretaria, bella y rubia como los trigales del norte de Europa, apareció llevando una bandeja, un recipiente con hielo, vasos y una botella de whisky. La hermosa sirvió coqueta la primera ronda y abandonó el privado, no sin antes dirigir a Johnny una mirada y una sonrisa acompañada de sensuales ofrecimientos.

Los hombres se llevaron a sus labios los vasos, ansiosos de libar del helado licor. Eran astutos, por lo que cada uno esperaba del otro el rompimiento del embarazoso silencio. Alessy tomó la palabra y soltó un anzuelo:

-Johnny, sé que te quieres separar de nosotros; que has escuchado cantos de sirena de la competencia, que al parecer son agradables-

Alessy creía que aquel buscapie no daría ningún resultado y que él lo pasaría por alto.

El hebreo fijó la mirada en la copa, meditó breves instantes y decidió ser franco:

-No sé si lo que dices es un ardid para encontrar la verdad; pero así es. Al igual que muchos distribuidores, en grande y en pequeño, he sido invitado por Benjamín Wasserman a cambiar de latitud. Por lo menos

ofrece garantías a todos aquellos que tremolen su bandera. Pero Benjamín es un pulpo: todos sus camellos verán siempre reducidas sus ganancias. Por si esto fuera poco, los precios de la basura que vende son demasiado altos- y prosiguió con su historia:

-Yo le prometí que lo pensaría, que necesitaba tiempo para dar un paso tan decisivo, porque las relaciones que me unen con ustedes son, sin lugar a duda, inmejorables.

¡Yo conozco a Benjamín! Siendo yo una pequeña pieza, tratará de absorverme. ¡Su ambición no tiene límites! ¡Yo esperaba que ustedes actuaran contra él con energía! Siempre camina como hiena en busca de carroña-

Alessy, con voz grave y pausada, tomó la palabra y condujo la conversación:

-¡Te comprendo Johnny, y me alegra tu sinceridad! Tenemos problemas en nuestro territorio y esa es la razón de platicar contigo. Las cosas no marchan bien, andamos buscando la solución a un problema que ya nos costó la vida de dos hombres.

¡Tú sabes que el jefe odia los métodos explosivos porque atrae la atención de los periodistas, y al final el público exige investigaciones en las que siempre quedamos mal!-

Tras breve pausa, el romano, que jugaba con la redonda superficie de su vaso, mostró el color de su juego confesando:

-Johnny, hace tiempo que deseas pertenecer a nuestra organización y ésta es tu oportunidad. Le he hablado al jefe de tí en términos elogiosos y él espera que le hagas un pequeño favor. Pero antes dime: ¿fue Benjamín a hacerte el ofrecimiento personalmente, o te mandó emisarios?-

Silver confesó:

-¡No, no fue él! Envió a Avery Trumann y creyó que sería presa fácil de la tentación. Pero su ofreci-

miento estaba únicamente apoyado en promesas, sin nada sólido que lo sustentase. Yo no tengo nada contra nadie; pero en el terreno de los negocios, me gusta que se respeten los derechos adquiridos. Si yo trabajara para Benjamín, todo lo ganado lo perdería por su desenfrenada ambición-

En la oficina de junto, Fabrissio, excitado, observaba la escena y sacaba sus propias conclusiones.

Alessy razonaba para sus adentros: Si Johnny hubiera recibido una oferta superior, seguro que no encontraría ningún escollo para entregarlo atado de manos y pies a su mortal enemigo.

La voz grave del romano felicitó a Johnny por su manera de actuar y agregó:

-Avery y su jefe actúan en forma descabellada, sin respetar los derechos adquiridos por otros. Creen que son ciclones, pero hasta éstos llegan a perder su poderío-

Alessy miró profundamente a Johnny; éste tuvo la impresión de que le iban a soltar el gallo, y para calmar sus nervios, acercó a sus labios el vaso de licor, perlado por refulgentes gotas de agua.

Alessy miraba el color azul del cristal bávaro que tenía entre las manos y rompió el silencio continuando con su historia:

-Como te decía, el jefe quiere que le hagas un pequeño favor. A cambio, tú recibirás todo el territorio de Benjamín y nuestro apoyo para que puedas sostenerte en él. Creo que ésta es una oportunidad que se les presenta a pocos en la vida-

Los ojos de lince del romano, sondearon al hebreo a profundidad, pero éste no externó reacción alguna. Sólo abrió los labios para esgrimir su pregunta:

-¡No entiendo como ustedes pueden ofrecer algo que no controlan y que les representa un grave problema!-

Alessy rió de buena gana y desvió la conversación

asegurando:

-Lo que esperaba que me preguntaras es ¿cuál es el favor que el jefe quiere que le hagas?-

-¿Cuál es?- preguntó con sequedad el hebreo.

Los ojos de serpiente entumecida de Alessy lo miraron; su cara antes risueña, de repente se tornó dura como roca. Silbó sus palabras para destilar odio, confesando:

-¡Aplástale la cabeza a Wasserman! ¡Para tí será fácil liquidarlo! Piensa en lo jugoso de la recompensa; todo su territorio será tuyo. ¡Claro, ligado a nosotros en todos los negocios! En tu zona tendrás tus soldados y serás libre de tomar las decisiones que más convengan a la organización-

En la voz del romano había un ruego para que Johnny aceptara ser el verdugo de Benjamín. Se sintió desnudo al haber mostrado las cartas de su juego. Mientras que Silver ni siquiera había despegado los labios.

El romano, con voz firme, hizo presión:

-¡Dime qué piensas! Considera que el premio es mayor y es muy difícil mejorar la oferta. ¡Sé que el problema tiene sus espinas, pero es la única forma de que te puedas encontrar con la fortuna!-

Johnny meditó algunos segundos; luego, lentamente, como un aváro cuando cuenta su fortuna, respondió en forma inesperada:

-¡Quisiera pensarlo un poco!-

Alessy brincó en su asiento y se llevó las manos a la cabeza exclamando:

-¡Al jefe no le va a gustar tu actitud!... de todos modos- agregó en tono más calmado- ¡Eres libre de hacer lo que más te convenga!-

-¡Tomemos otra copa!- invitó, y mientras llenaba los vacíos recipientes, en sus labios vagó una amenazadora sonrisa que ofreció a su invitado.

Los cubos de hielo flotaban en el licor ambarino.

Los dos hombres continuaron hablando de tópicos sin importancia. Johnny quizo volver al tema de Benjamín, pero la fría respuesta de Alessy lo dejó helado:

-¡Olvídate! A tí no te interesa el asunto. Estamos seguros de que otros amigos nuestros verán llover estrellas del cielo cuando les propongamos el negocio. Lo siento, pero yo fuí quien te recomendó con el jefe. A decir verdad yo soy tu garantía frente a él. Contra su voluntad, te antepuse a otros candidatos; pero nada se ha perdido-

Damatto, que en el anexo había escuchado la negativa de Johnny, movió la cabeza pensativo, sacó su revolver y comprobó que los alveolos del cilindro estuvieran llenos de balas. Fabrissio, que había observado el movimiento, se le acercó para recomendarle en voz baja:

-Espérate, va a reaccionar favorablemente-

Johnny sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsál al escuchar las secas palabras de Alessy. Comprendió que si se negaba a ejecutar a Wasserman, también él perdería su amado pellejo. Se sintió entre un puñal y un precipicio.

-Querías subir dentro de la organización y resulta que al ofrecerte la oportunidad, la rechazas. Fue un error lamentable el haberte nominado- dijo el romano en tono de reproche.

El tiempo había volado, la botella de licor se encontraba vacía y Alessy insinuó la terminación de la conferencia, levantándose de su asiento.

Johnny lo detuvo presionándolo con su mano, y exclamó:

-¡O.K. Lo he meditado y acepto el contrato con todas sus consecuencias. Creo que soy el indicado para liquidar a Benjamín! ¡Cuénta conmigo!-

Alessy sacó un papel y ordenó imperioso:

-¡Escribe y firma lo que te dicte!-

A continuación, el siciliano redactó un documento

bastante comprometedor para Johnny, y éste lo firmó.

El siciliano dobló la hoja de papel y la guardó en uno de los bolsillos de su ropa. Los dos bandoleros rieron satisfechos.

-Necesito elaborar un plan para acercarme sin riesgos a Wasserman- insinuó Johnny y continuó:

-Tú sabes que desconfía hasta de su sombra. Por lo pronto, haz rodar la noticia de que hemos tenido fricciones porque ya no quiero comprar la mercancía que tú ofreces; que ando en busca de otros proveedores de heroína, seguro de que al llegar la historia a sus oídos me ayudará a amansarlo-

Los dos hombres se levantaron, apuntando el final de la entrevista. Mientras abandonaban sus asientos, Johnny recomendó:

-Esta noche volveré a buscarte. Procura que nadie se encuentre aquí-

Alessy estuvo de acuerdo en regresar aquella noche a su oficina.

En el último minuto se presentó Damatto sonriendo, y los tres hombres se despidieron como grandes amigos.

Johnny, al lado de Damatto, abandonó la oficina, y tras las palabras "nos vemos", las puertas del elevador se cerraron.

Poco después los bandidos, reunidos en la oficina de Alessy, eufóricos, festejaban el éxito de la conferencia.

-¡Todo arreglado!- comentó Damatto. Fabrissio meditó unos segundos y aconsejó:

-¡Es necesario vigilarlo constantemente, hasta estar seguros de su lealtad!... Y también para protegerlo-

Las palabras de Fabrissio aclaraban el porvenir de Johnny; los sicilianos no le jugarían sucio al hebreo mientras éste les fuera fiel.

-Busca muchachos que sean desconocidos aquí

y que a distancia lo vigilen y lo ayuden si es necesario. Es muy importante no interferir en su labor-

Concluyó Fabrissio y se retiró, convencido de que sus órdenes serían ejecutadas al pie de la letra.

Mafaffa, uno de los soldados de Alessy, era de una lealtad a toda prueba. Pero tenía el defecto de ser demasiado comunicativo, le gustaba el murmullo, por lo que nunca se le permitía asistir a las reuniones de los jefes. Para él ese defecto era más bien un don, del que hacía gala a menudo comentando:

-No me gusta ser un baúl para guardar cachivaches-

Tenía la costumbre, apenas adentrado en el bajo mundo neoyorquino, de contar a todos lo poco o lo mucho que sabía de determinados asuntos. Cuando le faltaba material, echaba mano de su imaginación e inventaba lo que nunca había sucedido.

Damatto fingió salir acalorado de la oficina de Alessy. Furioso y con palabras gruesas, tiñó de rojo a Johnny Silver.

Mafaffa, "el pequeño", quizo saber el porqué de tanto enojo. Damatto relató otra versión muy diferente de lo que había sucedido en la entrevista.

-¡Johnny nos abandona, ya no quiere más tratos con nosotros! ¡Deja de ser cliente nuestro!-

Mafaffa, fiel a su lealtad, quiso salir al camino y liquidar a Johnny por ingrato. Profería contra él epítetos de los más variados calibres, hasta que Damatto lo calmó prometiéndole:

-¡Déjalo, ya le llegará la hora. Cuando yo te avise lo liquidarás!-

Juró que lo que más deseaba en el mundo era que todos los relojes adelantaran sus horas para acabar con el hebreo. Mafaffa no exageraba en eso, su crueldad no tenía límites.

-¡De un enemigo soy capaz de tomarme un vaso

de su sangre!-

Damatto le explicaba:

-Johnny es un vendedor ligado a pequeños detallistas. Su clientela no la conocemos; y matarlo sería un crimen inútil que sólo complicaría los problemas que afrontamos-

-Acepto lo que predicas, por lo pronto no vale la pena liquidarlo, pero después sonará su hora-

Damatto regresó al privado y volvió con un paquete que colocó en una valija de mano; se la entregó a Mafaffa ordenándole:

-Llévale esta mercancía al cojo y tuerto Procussa; y que te liquide en efectivo. Tú conoces bien su dirección-

Damatto y Alessy tenían poderosas razones para enviar a Mafaffa en busca de Procussa. Este era uno de los elementos que había desertado, pasándose a las filas del judío.

Presumían que no aceptaría la heroína por temor a Benjamín. Procussa había sido el único testigo del salvaje método de rebanar dedos, al que fuera sometido el chino Ku Fuong, y quedó profundamente impresionado del arte de carnicero de Wasserman.

Alessy consideró que sería un buen puente el envío de la heroína a través de Mafaffa. La droga sería rechazada por el cojo, pero conociendo lo comunicativo del "pequeño", no cabía duda de que el tuerto se enteraría de la deserción de Johnny Silver; historia que no tardaría en llegar a oídos de Benjamín.

Mafaffa salió con sus soldados rumbo al Bronx. Ya antes había recorrido ese camino. Sabía que perdería varias horas tratando de localizar al cojo y tuerto Procussa.

El cojo era un estupendo detallista. Su clientela era numerosa. Cuando caminaba, su falsa pierna de

roble golpeaba con fuerza el piso produciendo el sordo golpe de un tambor. El sonido se perdía al dar el siguiente paso con su pierna original, para volver al golpe seco del apéndice de roble.

Dios dice:

-¡Cuídate de los buenos, que a los malos yo te los señalaré!-

A Procussa lo marcó dos veces. A poco de perder una pierna, huyendo por el robo que le había cometido a un ciego, perdió un ojo en un accidente automovilístico.

No tardaron Mafaffa y sus ayudantes en llamar a la puerta del departamento de Procussa. Y así como nadie había contestado al llamado telefónico, nadie acudió a abrir la puerta del domicilio del tristemente célebre cojo.

Los bandoleros se estacionaron frente al edificio y esperaron pacientemente a que Procussa regresara.

Entre tanto, Damatto y Alessy se fueron a comer a un restaurante de la "Pequeña Italia".

El dueño de la hostería, gordo y calvo como nabo, se movía en su negocio con pasos acentuados de ballet. Muchos rufianes eran sus clientes; y continuamente acudían a disfrutar de sus maravillosas condimentos. Fabrissio continuamente se daba cita en el afamado merendero, rodeado de la elite de sus hombres.

Ese día, Damatto explicaba a Luigi Torrio porqué su jefe no se había presentado. La plática en italiano se extendió entre los hombres a diferentes tópicos.

Llevando en la mano la orden de lo que los hombres beberían y comerían, el hostelero corrío diligente a la cocina. Segundos después volvió con una botella de vino descorchada. Bruñó con su servilleta el multicolor cristal de las copas, y sirvió las primeras rondas de la tarde.

Entre comer y beber el tiempo se escapó por una rendija, y los dos bandoleros marcharon a la cita que tenían pendiente.

Por el camino Alessy aconsejó a su gatillero:

-Ten presente que Johnny no tiene mas que un amigo... él mismo. Y mientras juegue limpio respetaremos nuestros convenios; pero si juega sucio, o pierde el camino... ¡tendrás que ejecutarlo! ¡En ningún momento dejes de vigilarlo! ¡Si te olvidas, algún día podrá crucificarnos! En el negocio en que andamos se mueve mucho dinero; la plata tiene púas y cualquiera se clava en ella-

Los primeros anuncios luminosos brillaron en el telón de lo infinito y los dos hombres corrieron a su cercana cita. Cruzaron uno de los puentes que unen el Bronx con Manhattan y poco después llegaron a su oficina.

En la penumbra del recinto, los dos hombres se acomodaron en sus asientos en espera del verdugo. Aficionados a la bebida, disfrutaron de un brandy francés que dejaba escapar de las copas un olor a pasas secas.

Cascabeleó el llamador. Damatto se levantó para abrir la entrada principal. Cuando se aseguró de quién llamaba, soltó la gruesa cadena de protección. En el corredor, Johnny esperaba a que le cedieran el paso.

-¡Pasa!- invitó Damatto y agregó: -¡El jefe te espera!-

En la oficina, los dos hombres se veían satisfechos. Johnny rompió la marcha comentando:

-¡Lo decidí esta mañana aquí y lo medité esta tarde en mi casa! Estoy dispuesto a jugarme lo que tengo contra Wasserman. Si pierdo, te pido un favor romano: ¡Paga mi entierro en un cementerio hebreo!. Tengo mi propio plan para triunfar, y quiero comuni-

cártelo-

-¡No es necesario que me lo digas!- lo detuvo Alessy.

-¡Cuando dos conocen una confidencia, deja de ser secreto. Cuando la confidencia se divulga, viene la murmuración, que es como la humedad: todo lo invade! Será mejor tener cualquier plan, que no tener ninguno. No me digas nada- recalcó el romano. -Si tu plan fracasa por culpa de una indiscreción que alertara a Benjamín, el jefe no me lo perdonaría. Sólo te daré un consejo: ¡Si vas directo a Benjamín, él querrá conocer tus motivos y te hará mil preguntas hasta estar seguro de que no le mientes! Será preferible que él mismo se acerque a tí, y aún así, desconfiará. Cuídate de una celada. En apoyo tuyo tenemos listos varios hombres que estarán a tus órdenes para cuando tú los solicites-

-¡Si es necesario los llamaré!- comentó el hebreo y agregó:

-¡Prefiero actuar sólo, esa es la base de mi éxito! ¡A la menor sospecha de Benjamín, todo habrá acabado para mí!-

-¡De acuerdo!- exclamó Alessy mientras pulsaba un timbre para llamar a Damatto. Segundos después éste llegó y Alessy lo recibió exclamando:

-¡Johnny es ya puntal de nuestro sindicato!-

Los hombres se sirvieron de la botella que permanecía olvidada sobre el escritorio. Los sicilianos no abusaron del licor, pero brindaron a Silver sonrisas y abrazos para sellar su pacto criminal.

La ciudad comenzó a vivir la hora en que abren los ojos los luceros. En las calles, los anuncios luminosos se veían recortando indiferentes, la tinta china de la noche.

Sonó el teléfono, Damatto lo descolgó y al otro lado de la línea golpeó la irritada voz de Mafaffa

que pedía instrucciones.

-¡Procussa se niega a recibir la mercancía! Estamos en una cantina y el calor de las copas le aflojó la lengua al cojo hasta confesar que teme más a Benjamín que a una epidemia de tifus. El presenció el martirio contra el chino Ku Fuong y escuchó la crueldad con la que le decían: "A que no adivinas que será lo próximo que te cercene".

Por estas razones Procussa y el chino han decidido tirar incansables de la carreta de Wasserman-

A los graznidos, Mafaffa aconsejó:

-¡El tuerto es una chinche digna de aplastarse! Está en la cantina briago y puede sufrir un accidente bajo las ruedas de un tren, de modo que nadie sería responsable-

Luego comentaba con risa salvaje:

-¡Faltándole una pata y un ojo, la condena que sentencie el juez será corta! Además se burló de nosotros cuando conoció la noticia de que Johnny Silver se separaba de nuestro grupo. Comentó que Benjamín sólo nos dejará la camisa... ¡si tenemos suerte!-

-¡Déjalo ir!- ordenó Damatto con la voz alterada.

Mafaffa aceptó de mala gana, dejar escapar al tuerto Procussa. Parecía torero, que sólo gana plata cuando ve correr la sangre.

Después de colgar el teléfono, Damatto corrió a contar a Johnny y Alessy la conversación que había sostenido con el "pequeño". Ambos se colgaron de la narración y exclamaron convencidos:

-¡La cosa principia a marchar!-

-¡Algún día el cojo Procussa llegará a buscarnos de rodillas!- apostó Damatto.

-¡Imposible, jamás vendrá!- subrayó Johnny entre sonoras carcajadas.

Los bandoleros no dudaban de que el cojo Procussa correría a todo lo que su invalidez se lo permi-

tiera, a informar a Benjamín de la deserción de Johnny. Si tenían suerte, unas cuantas horas después se comenzaría a tejer la malla en la que caería el endemoniado traficante. Era indudable que las ruedas del destino giraban inexorables, y pronto sonaría la hora.

Antes de abandonar la oficina, Johnny prometió:

-¡No tendrás noticias mías hasta el minuto final! Y desde hoy dejo de manejar alcaloides tuyos-

Johnny salió seguido de los sicilianos, forjando cada uno de ellos, sus propios sueños de grandeza.

En el elevador, Damatto fue advertido por Alessy:

-¡Estás bajo las órdenes de Johnny, te puede necesitar en cualquier momento!-

Damatto trató de preguntar algo sobre los planes trazados, pero fue interrumpido bruscamente por su jefe, que ordenó:

-¡A Johnny no se le pregunta nada!-

El resto de sus preguntas se le quedó atravesado en la garganta. Los hombres se separaron y los italianos se escurrieron en la soledad de la calle, azotada por el viento helado y cortante como hoja de afeitar. El invierno se acercaba, y aquellas rachas huracanadas, eran las primeras manifestaciones.

Johnny llegó a su viejo refugio de Harlem. Ya tenía elaborado un plan para eliminar a Benjamín. Se basaba en la desmedida ambición del judío, y en su creencia de que todos eran tontos, y él era el único que podía pensar.

Meses atrás, Truman, un guardaespalda de Benjamín, se le había presentado para que desertara de las filas de los isleños. Johnny estaba entusiasmado; pero al escuchar las condiciones no le convencieron. Prefirió hacer el papel de ratón asustado, temeroso del poder que esgrimía el judío.

El antiguo cliente de la penitenciaría de Arkansas estaba sentado tras su magnífico escritorio. Dos bellas estatuas de mármol adornaban su pulida superficie, y demostraban el poder económico de su dueño.

Benjamín Wasserman miraba con desprecio a todos. Era un hombre avejentado. Usaba lentes negros para ocultar lo falso de su mirar. Lo acompañaba un tic nervioso en la comisura de los labios, que hacía más desagradable y sarcástica su risa. Grueso, alto y de rasgos vulgares, caminaba como si llevara un bastón o un taco de billar por columna vertebral.

La luz del sol, blanca y brillante, se coló en la oficina. Benjamín movía a sus hombres como mariscal a sus soldados, sus órdenes eran breves y ejecutadas al instante. Alguno de sus soldados se le acercó con un mechero en la mano a encenderle el cigarro que se colocó en los labios.

Avery Truman, su inmediato colaborador, era el hombre de confianza y heredero directo de aquel nefasto negocio.

Tiffany, pariente de Truman, tenía apariencia de bulldog, con sus piernas cortas y zambas; formidable tirador con rifle o con pistola.

El tercero era Henaine, de color blanco como la leche. Con su calvicie prematura, representaba más edad de la que en realidad tenía. De los cuatro pilares de aquel turbio negocio, él era el que parecía ser menos inhumano.

La oficina principal estaba comunicada con un recibidor, donde ya esperaban algunos distribuidores, que contribuían a la prosperidad de aquel nido de ratas. Los detallistas aguardaban nerviosos; mirando a estos mortales enemigos de la humanidad, de ropas gastadas y desteñidas nadie podría imaginar la enorme cantidad de dinero que ocultaban bajo sus andrajosas vestiduras.

Allí se encontraba el chino Ku Fuong, cubierto de harapos; algunos negros y muchos blancos completaban el grupo de solicitantes.

Avery le presentó a Benjamín la lista de las personas que esperaban. El judío la recorrió sin inmutarse, y ordenó la primera visita.

Mac Henry fue introducido al despacho. Antiguo cliente de Alessy, era visto con desdén por Benjamín.

Era un hombre que había sido convencido por la fuerza de los acontecimientos, años atrás navegaba bajo la bandera del romano. Pero había quedado convencido que la suerte estaba del lado de Wasserman. Claro que para llegar a esta conclusión, tuvo que recorrer un calvario. Sus casas quemadas, varios coches chocados y un hijo herido, lo obligaron a buscar a Benjamín y pedir su protección. El prometió para los incendios, usar un magnífico extinguidor, y para los accidentes y heridos, una vigilancia que proporcionarían sus hombres. Desde ese día Mac Henry había vivido en paz.

Wasserman saludó al negro con un sólo movimiento de cabeza. Mac Henry se dirigió a Truman, que se encontraba a un lado del escritorio. Sin palabras, extrajo del bolsillo de su abrigo fajos de billetes que colocó sobre la mesa. Truman los contó rápidamente y comentó en voz alta:

-¡Cincuenta de los grandes!-

-¡Conforme!- contestó Mac Henry. Su voz de bajo llenó con su sonido metálico toda la habitación, para solicitar:

-Quisiera que mañana se me entregara toda la mercancía, tengo muchos pedidos y no me gustaría perder a ninguno de mis clientes-

-¡Tendrás la mercancia!- gruñó Wasserman, y Avery apuntó en una libreta la cantidad de alcaloide que tenía que entregar.

Mac Henry era notable detallista y Truman lo

trataba con distinción; le ofreció que haría hasta lo imposible para que tuviera temprano la droga.

Benjamín, con sólo una fuerte palmada, hizo terminar la charla. Truman acompañó a Mac Henry a la salida.

De regreso, criticó a su jefe diciéndole:

-¡Debemos ser más corteses con la clientela!-

-No te preocupes, volverán- aseguró Benjamín agregando:

-La mercancía que les damos es de lo mejor, y los métodos de convencimiento que usamos son infalibles-

A sus palabras las coronó con una carcajada burlona que resultó antipática, por los continuados tics nerviosos que la acompañaron.

Otro hombre de color se presentó temblando. Su saludo se perdió en un silencio absoluto. El blanco de sus ojos se posó en cada uno de los presentes. Cuando su nerviosa mirada se encontró con el gesto seco como de mascarón de proa de Benjamín, el hombre se encogió de miedo y buscó refugio en un gesto de humildad.

De una cartera, tan raída como su persona, estrajo billetes que ordenó frente a Truman. Este hizo el recuento con velocidad de experto.

La cantidad de dólares que llevaba aquel hombre, hizo explotar a Wasserman, que increpó al descolorido negro exigiendo:

-¡Smith, sus ventas se vienen derrumbando y va a llegar el día que tengamos que relevarlo de su zona! ¡Tenemos otros elementos que suspiran por la oportunidad que le hemos brindado!-

Smith defendió su posición con palabras entrecortadas, aunque sus razones no convencieron a nadie. Terminó asegurando que la próxima vez se presentaría con muchos triunfos.

Truman marchó al recibidor en busca del siguiente

cliente. Poco después regresó y excitado habló al oído de Benjamín. El judío ordenó a la tropa que se retirara, y Truman se dirigió una vez más al recibidor. Hizo la señal a un cliente que se perdía en la penumbra. Este se levantó del butacón y caminó con movimiento de balanza hacia el privado. El punto y coma que marcaba al avanzar no dejaba lugar a dudas de quién se trataba.

-¡El cojo Procussa!- anunció Truman cerrando la puerta, y la luz de la habitación golpeó en su malicioso rostro de beduino.

Wasserman golpeó con el timbre de su voz:

-¡Deben ser muy importantes las noticias que nos traes, Tuerto!-

-Escúchalas y júzgalas por tí mismo judío- contestó el cojo, dándole importancia a las nuevas que llevaba. Prosiguió:

-Antes que nada invítame una copa, traigo la garganta seca, estoy cansado y me muero de frío... ¡Pero brandy de primera, no ese embotellado rasposo que traes en la mano, Truman!-

Este, riendo, regresó al anaquel el aguardiente sin marca, que trataba de que el cojo tomara; y sacó otra botella de brandy francés, que entusiasmó a Procussa.

-¡De éste sí!- exclamó acariciando el largo cuello de la botella.

Los tres hombres brindaron alegres, pero Benjamín apremió:

-¡Tus noticias cojo, que espero estén a la altura de la botella que acabamos de abrir!-

-¡Escúchame!- respondió Procussa -Ayer tarde me fueron a buscar los hombres de Alessy. Los comandaba Mafaffa, ese enano maldito, sediento de sangre-

-¡Nos hubieras avisado!- aconsejó Wasserman.

-¡No me fue posible: no tenía oportunidad, además no estaba sólo!-

-¡Prosigue, prosigue!- ordenó Truman.

-Pues bien, Mafaffa llevaba una petaca con heroína que yo debía comprar. Pero me negué, alegando la falta de efectivo. Mafaffa se puso furioso y claramente leí en sus ojos el deseo de liquidarme. Yo le contesté que la culpa no era mía, sino de ellos, por no saber defender sus territorios. Que la cosa era clara: que tú Benjamín, los ibas a eliminar uno a uno. Luego les recomendé que para que no se murieran de hambre debían pedirte trabajo. Esto molestó tanto a Mafaffa que se puso a despotricar contra Alessy y Damatto, alegando que eso les sucedía por ser blandos.

Después dijo que ese día, Johnny Silver se había separado de ellos, por lo que el enano Mafaffa sugirió eliminarlo. Pero tanto Damatto como Alessy se opusieron, alegando que eso en nada ayudaría a la organización y les traería muchos problemas con la policía-

-¡Así es que Johnny se separa de la competencia!- exclamó Truman riendo a carcajadas.

-¡Así es!- y continuó el cojo con su historia:

-Después, me invitó a que tomara unas copas. En la cantina me hize el borracho; estaba alarmado por lo torbo de su mirada, después se levantó y me ordenó: ¡No te muevas cojo y espera hasta que regrese! Allí permanecimos, y lo ví llamar por teléfono. La conversación se refería a mí, porque continuamente señalaba a donde yo me encontraba, haciéndome el dormido- y concluyó afirmando: -Creo que en esto no hay más que una cosa bastante clara: Johnny abandona la banda de Alessy y debe andar buscando quien le surta la droga-

-¡Puede ser!- apuntó el zorro de Wasserman. -Pero debemos esperar unos días. Me gustaría ver cuál es su reacción. Lo que lamento es que no me hayas avisado a tiempo, porque andábamos tras Mafaffa. ¡Esta hubiera sido una oportunidad de oro para acabar

con él!-

-Ya te dije que no me fue posible avisarte, como ves, no tengo cuerpo de luchador y no puedo darme el lujo de andar a las maromas- explicó Procussa.

La disculpa de el cojo despertó la hilaridad de los que escuchaban. Comprendieron que el tuerto tenía razón, y no insistieron más.

Para celebrar las valiosas noticias de Procussa, decidieron tomarse la botella de licor.

Poco después el tuerto ganaba la calle, marcando su punto y coma al compás de su balanceo.

Benjamín sugirió:

-¡Sería bueno reflexionar sobre todo lo que escuchamos! Los hechos se ven diáfanos, pero sería prudente que tú mismo, Truman, los verificaras. Trata de atraer a Johnny y sondéalo, no sea que se le ocurra armarnos una trampa-

-No veo por qué debemos desconfiar de él- contestó Truman. -Es un hombre listo que ve cómo se hunde el imperio de los peninsulares y trata de salvar lo que pueda del naufragio. El día que nos reunimos, noté que no estaba firme en sus decisiones. Si en esa ocasión hubiéramos sido liberales, hoy lo tendríamos con nosotros-

En ese momento apareció la ambición de Benjamín Wasserman:

-¡El botín lo reparto yo! Hay una ley no escrita que dice: ¡Todo para el vencedor!, y no veo la razón para ofrecerle a Johnny estímulos que les hemos negado a otros hombres que hace tiempo luchan a nuestro lado. Eso sólo acarrearía problemas, y todos se sentirían con derecho a pedir. Ten en cuenta que el que pide y recibe sin esfuerzo, volverá para pedir más. Pero si entonces le niegas tu ayuda, te habrás ganado un enemigo gratuito. Nuestros métodos trabajan. Mira a Johnny, ya debe haber reflexionado que si lucha

con nosotros, aunque sus ganancias sean menores, siempre tendrá a Wasserman, que tratará de resolver sus problemas-

En aquel instante, la actitud y los pasos de Benjamín simulaban la postura arrogante de un pavo de Navidad, momentos antes de que la guadana del carnicero cercene su largo y esbelto cuello.

-¡Esperemos los acontecimientos, que nos darán la pauta a seguir en este asunto!- sugirió Truman.

Los dos hombres volvieron a sus diarias actividades. Momentos después, el resto de los compradores de veneno, circulaba por la oficina.

En el otro lado de la ciudad, en el departamento de Johnny, la luz del sol entraba a raudales.

Johnny se encontraba en pijama y en su rostro se notaba la satisfacción de haber logrado un largo y profundo descanso. Por la ventana vió con desprecio el callejón lleno de basura y botes volcados.

Años antes, sin la posibilidad de alejarse del miserable barrio en que vivía, todo lo veía con naturalidad; pero ahora había encontrado una puerta de escape, sentía asco por el lugar que lo había albergado por tanto tiempo.

Olvidó los pensamientos sobre su morada y los concentró en sus problemas. No sentía odio por Benjamín, pero era un obstáculo en el camino y había que eliminarlo.

Abandonó su refugio y marchó a la cafetería. La mesera le acercó el diario y cubrió con un gastado mantel la mesa que ocupaba.

A Johnny le gustaban las apuestas; con un lápiz marcó los probables ganadores en las carreras de caballos. Se imaginó la cantidad de billetes que ganaría si sus caballos llegaban en primera línea. Recordó a Benjamín, no olvidaba que éste había sobrevivido por desconfiado. Se preguntó si no se estaría

acercando a un barril de pólvora con una antorcha encendida. La mesera lo sacó de sus reflexiones llevándole el desayuno.

Al negro que vendía periódicos le dejó sus apuestas y abandonó el callejón guiando su automóvil.

CAPITULO II

LABRANDO LA BRECHA

Cuando Kennedy, el irlandés, vió llegar a su oficina a Johnny, se levantó para saludarlo. Se conocían de tiempo atrás.

-¿Qué te trae por aquí?- preguntó el elegante contrabandista.

-¡Negocios!- le contestó mientras tomaba asiento estrechando la mano que le tendían.

Kennedy era un traficante de drogas, fuerte competidor en el mercado de la mariguana, pero esporádico importador de heroína.

El hebreo fue directo al asunto y preguntó:

-Dime: ¿puedes venderme un poco de heroína?-

Kennedy sabía que Johnny tenía un fuerte compromiso con Alessy, su amigo, y exclamó cortante:

-¡No quiero problemas con Damatto y Alessy!-

-¡Pagaré de riguroso contado!- insistió Johnny.

-¡Ni con monedas de oro!- replicó el irlandés: -Llevo muchos años viviendo en paz, gracias a que no me meto en asuntos ajenos. Ya estoy demasiado viejo para enredarme en problemas. Lo siento Johnny: el romano es mi amigo y me respeta. Creo que tocaste la puerta equivocada; no te vendería heroína ni para tu propio uso-

-Alessy se derrumba- comentó malhumorado Johnny. -Wasserman los tiene atemorizados, por eso he optado por separarme de él, y buscar la mercancía con cualquier proveedor que la tenga. No estoy dispuesto a enarbolar la bandera de nadie en este enredo. Yo soy neutral; mi negocio es vender y no andar a los balazos-

El irlandés replicó:

-Lo que me comentas es razonable, pero tú, sin apoyos, pronto tendrás problemas. Tu territorio es

codiciado, y no faltarán espontáneos que traten de quedarse con lo que has hecho. Ya se habla mucho de tí en el mundo de la droga-

-¡Véndeme aunque sea por esta sola vez!- suplicó humilde el hebreo.

-¡No, no puedo! Sería lo mismo que plantar el poste de mi horca- rechazó con energía Kennedy: -¡Toca en otra puerta! Estoy seguro que no faltará quien te tienda la mano-

Ante la firme negativa, Johnny se despidió seguro de que el teléfono llevaría en todas direcciones la noticia.

Por el camino sonrió con entusiasmo; pensó en la araña que pacientemente va atando los cabos de su hilo para formar la red donde caerían sus enemigos.

En tal estado de euforía, se alejó de Green Village y marchó al vecino estado de New Jersey, en él tenía amigos que hacía tiempo no visitaba. Cruzó el puente y marchó directo a los arrabales de la ciudad.

Petricholly tenía su oficina en el fondo de un bar. Para llegar a ella era preciso flanquear varias puertas. El viejo Petricholly era uno de los pocos gangsters que quedaban de la época romántica de los años veinte. Tenía el cabello como copos de nieve, pero todavía lucían vigorosas sus anchas espaldas de marino. Su voz de mando había permanecido inalterable. Con tantos años de bregar en el terreno de lo prohibido, había hecho contactos entre los grandes jefes, permaneciendo ignorado y protegido.

Johnny se anunció con un guardaespaldas y minutos después se encontraba cruzando una oficina que mas bien parecía nido de ratones. El aire que se respiraba era pesado y mal oliente. Nubes de humo volvían más oscura la visibilidad de aquel agujero. Los hombres de Petricholly lo registraron.

-¡Viene limpio, jefe!- anunció un napolitano diminuto como moneda de cobre de bajo valor, y con voz de violín desafinado, Petricholly lo esperó meditabundo, alizándose con la mano su blanca cabellera.

-¿Que te trae por aquí?- preguntó el italiano con aire distraído.

-Visito a los amigos y de paso hago algunos negocios-

Petricholly lo miró intrigado.

Silver continuó charlando y sin rodeos atacó el punto principal de su problema.

-¡Necesito mercancía de calidad!-

-¿Cómo será el pago?- preguntó meticuloso el italiano.

-¡De contado riguroso! La heroína será entregada en el sitio y a la hora que yo elija. Mis adictos están llenos de pánico y no quisiera perder a ninguno de mis encadenados. El dinero con el que te liquide es limpio, por lo tanto exijo material de calidad. Si lo que envías no sirve, te lo regresaré y así nos evitaremos problemas. Mañana, a la hora del juego en el Yankee Stadium, estaré esperando la mercancía-

A continuación, Johnny anotó el número del palco desde donde presenciaría el juego de base ball, y se lo entregó a Petricholly.

El emigrado despegó los labios y previno:

-¡Ninguna jugada muchacho!... me parece rara tu actitud, pues trabajas para Alessy y ahora buscas otros proveedores-

-Es fácil de explicar- lo interrumpió Johnny. -Tú sabes que Benjamín quiere el territorio del romano, y ha amenazado a todos sus detallistas. Yo no estoy ni con Alessy ni con Wasserman. Cuando termine el problema, veré que actitud adoptar. ¿Arreglados?- preguntó Johnny tendiendo la mano.

-¡Arreglados!- aseguró el italiano despidiéndose con firme apretón de manos. Pero antes de abandonar

el bodegón, Johnny Silver recalcó:

-¡Espero abandonar el juego sin problemas!-

-¡Por nosotros así será!- afirmó el viejo ganster.

Poco después, Johnny rodó por el barrio de Harlem. Era de noche cuando enfiló por las calles del arrabal de negros. Detuvo su coche frente a una cervecería. Colocó un paquete en uno de sus bolsillos y cruzó la puerta de la taberna. En la oscuridad apenas se distinguían los rostros de los parroquianos.

Escandalosos golpes de tambor y muchos agudos de flautas y clarinetes atronaban el local. La música moderna estaba en su apogeo. Un gabinete vacío le brindó una esquina solitaria y poco después un gran tarro de cerveza coronaba la superficie de la mesa. Un melancólico Jazz escapó de las entradas de la ruidola. Johnny disfrutaba de unos sorbos de líquido, cuando silvando y danzando se le acercaron dos muchachas de color.

-¡Hola Freddy! ¡Hola Rossy!- saludó el hebreo a los recién llegados.

-¡Que tal Johnny!- respondieron los de color al saludo, e inmediatamente tomaron asiento alrededor de su mesa. La charla se desarrolló de una manera misteriosa, en voz baja. Los negros apuraron sus tarros de cerveza y abandonaron a Johnny, prometiendo estar de regreso en unos minutos.

La orquesta de la taberna principió a tejer con sus notas una balada moderna. Algunas parejas danzaron. Las mujeres acompañaban sus sensuales movimientos con una risa impúdica que incitaba a algo más que a bailar.

Freddy y Rossy regresaron a la taberna y ocuparon sus abandonados asientos. Freddy botó sobre la mesa un paquete de dinero y exclamó:

-¡Cinco de los grandes, cuéntalos!-

Silver ejecutó la operación de conteo rápidamente, y dió su visto bueno al dinero recibido. Segundos después entregó a Freddy una bolsa de plástico. Este la perforó con una aguja, y el polvo que se escapó lo recogió con un dedo, se lo llevó a los labios, y lo saboreó lentamente. Su compañero lo miraba con ansiedad. Segundos después, rendía su veredicto:

-¡No está mezclada y es de la mejor calidad!-

Los tres hombres satisfechos del negocio que cerraron, pidieron mas cervezas y bebieron largamente.

-Nos gusta negociar contigo, Johnny, porque eres derecho en tus tratos- elogiaron los teñidos.

-Es la mejor forma de conservar a los amigos y a los clientes- respondió Johnny. -Y a propósito muchachos, tal vez ya no trabaje con Alessy. Le falta mercancía, y para colmo anda entumido de miedo por las constantes amenazas de Wasserman. Dejaré que pase la tormenta y veré que puente queda en pie para transitar por él-

Freddy hizo uso de la palabra para preguntar:

-¡Es bueno conocer la noticia! Pero... ¿trabajarías tú con Benjamín?-

Johnny meditó unos segundos, y contestó sabiamente:

-¡Nadie va contra sus intereses, pero si Benjamín me ofreciera buen precio, calidad, y respetara mis territorios, no tendría ningún obstáculo para trabajar con él!-

Las miradas de los negros se cruzaron ante las palabras de Johnny y continuaron alegres disfrutando de la cerveza. La música correteó al silencio y los negros se levantaron a bailar con las pintarrajeadas pupilas. Ese momento lo aprovechó Johnny para salir del antro. Marchó al estacionamiento, hechó a andar su vieja máquina y se dirigió al vetusto edificio donde vivía.

Por el camino se sintió satisfecho. El día había

sido afortunado, sabía que algunas de sus exclamaciones llegarían a oídos de la banda de los judíos.

Su mente volvió a recordar a la araña: vió que su red había aumentado de tamaño. Optimista, analizó la situación, dedujo que era muy difícil que Benjamín viera la tumba que estaba cavando bajo sus plantas.

En la oficina de los judíos, las manecillas de los relojes habían dado demasiadas vueltas sobre su eje. Los empleados se habían marchado, y Tiffany Truman y Benjamín se disponían a ir a algún restaurante.

Los hombres se detuvieron al escuchar el repiquetear insistente del teléfono. Truman se rascó la cabeza. Benjamín, con gesto de fastidio, ordenó:

-¡Contesta la llamada!-

Truman dió algunos pasos, levantó el aparato y deslizó su voz.

Su actitud mostró interés en la plática, porque escuchó con avidez por el audífono.

-Esta bien, lo he comprendido todo- fueron sus últimas palabras antes de colgar el aparato. Se acercó a Benjamín y lo informó:

-Al parecer todo marcha sobre ruedas: Freddy y Rossy, dos amigos del barrio de Harlem, me informaron que encontraron a Silver, quién les aseguró que ya no pertenece al sindicato de Alessy. Que anda buscando nuevo proveedor de alcaloides. Creo que ese proveedor podríamos ser nosotros.

Se halla amedrentado, ha visto cómo tratamos a los reacios y no quiere caer en este renglón- comentó burlón y eufórico Benjamín.

Truman continuó informando a su jefe:

-Dice Freddy que mañana le entrega Petricholly una fuerte cantidad de mercancía a un precio razonable. Tú Benjamín, puedes confirmar con el italiano si ese dato es cierto-

-¡Lo haré!- afirmó Wasserman.